

evitando así una desconexión siempre perjudicial para ambas, la universidad y la sociedad.

Finaliza el autor la parte introductoria, con esquemáticas consideraciones sobre los distintos tipos de universidad y la superabundancia de la población estudiantil. El primer punto nos parece un acierto; en nuestro medio sudamericano adolecemos de dos defectos: que los son por los extremistas: o pensamos que la universidad latinoamericana es una realidad absolutamente distinta a las demás, única en su género, sin continuidad alguna con los tipos tradicionales, o bien saltamos al extremo opuesto creyendo que la nuestra es una universidad mezquina, cuya salvación reside en la imitación literal de los modelos europeos. Ninguna de las dos posiciones creemos en la realidad exacta; es cierto que nuestras universidades tienen ya un contenido personal, pero que en modo alguno rompe con el entronque de la tradición europea. La otra posición muestra al desnudo el tradicional complejo de inferioridad latinoamericano; aquí tenemos que reconocer que lo europeo puede servir de guía y orientación, pero jamás llegará hasta el extremo de exigir un trasplante. En este punto, el libro que comentamos no escapa del todo a estos extremos, pues entre los tipos de universidades que cita, no existe la correspondiente a nuestra realidad. Creemos que no sería trabajo difícil hacer un pequeño acápite sobre las características de nuestras universidades, lo cual hubiera servido para un trabajo de comparación; quizá el autor haya pensado que debía presentar los modelos, mas también de nuestro hay algo que aprender.

Pasando ahora al contenido de la primera parte de la obra, indiquemos que aborda ella tres temas básicos de la metodología pedagógica de la enseñanza superior: los planteamientos generales, las bases psicológicas de una didáctica correcta y las leyes del aprendizaje, más ciertos temas secundarios dentro del plan del libro. En conjunto, esta parte da una visión muy sintética y amplia de la metodología universitaria, siendo de resaltar que todas las materias se hallan "al día", esto es, de acuerdo con los más nuevos progresos de la ciencia de la educación. Detallando algunos puntos, por cuanto es imposible un detalle total so pena de reproducir al índice, digamos que el autor delimita correctamente la manera añeja de concebir la enseñanza universitaria, y la que corresponde a los últimos progresos de las diversas ciencias. En este sentido, se indica que la enseñanza superior debe evitar la orientación que la reduce a un mero transmitir conocimientos por parte del profesor, y a un simple recibir por parte del alumno, situación ya superada por cuanto que la enseñanza se concibe, hoy por hoy, como una vivencia activa del alumnado de las materias de estudio, con el fin de asimilarlas a la experiencia personal. Entonces la misión del profesor queda centrada en la orientación de esas vivencias, procurando darles la mayor eficacia posible. Para realizar esta finalidad, se construyen los planes de estudio, los cuales pueden ir desde el plan rígido de materias y años de estudio, hasta los programas liberales que casi puede decirse son "a la carta", desde que el alumno puede confeccionar su propio currículum.

Planes de estudio y fines de la universidad se vuelven reales mediante la docencia propiamente dicha. Lo fundamental en este campo, como lo dijéramos líneas arriba, es el aprendizaje activo, que supone un correcto conocimiento de la psique del alumno, la idoneidad del maestro, aunado todo a una clara distinción de lo que es la simple enseñanza y la tarea de investigación; se redondea esta labor con un trabajo efectivo, donde el discípulo llegue a vivir lo que el maestro propone. Métodos prácticos al respecto, son especialmente los propuestos por Dalton y el llamado "sistema Winnetka". El autor resalta la importancia de esta fase de la enseñanza universitaria, que junto con él consideramos esencial conocerla a fondo; en nuestro medio es frecuente que

confunda la labor de investigación, (en el caso de que el catedrático investigue...) con la enseñanza, no faltando cursos donde se pretende conseguir del universitario una investigación profunda sobre temas que recién conoce, o en materias a las cuales aún se está introduciendo. Esto es una grave deficiencia, desde que la labor de investigación, a más de suponer un cierto dominio de las bases fundamentales de la materia de trabajo, exige también una vocación definida. Cosa que en verdad es diferente tanto en el alumno que sólo pretende ser un buen profesional, como en el alumno que desea ir hasta los fundamentos de la verdad. Ambos alumnos tienen plena justificación en la vida universitaria, pero son diferentes. La confusión suele producirse en nuestras universidades en dos campos: primero, en las facultades profesionales, donde, aparte de la labor de seminarios, se forman profesionales que actuarán en actividades prácticas (el abogado que defiende causas por ejemplo); en segundo lugar, también se presenta en los llamados estudios de "Pre", que son destinados a proporcionar los conocimientos generales necesarios para un futuro estudio ya especializado. Aquí existen cursos de cultura general, pero en muchos casos el catedrático es un investigador de nota, y por ello pierde de vista la finalidad de este tipo de estudios, sometiendo por ello a sus alumnos a un trabajo de profundización que francamente desborda sus posibilidades; de aquí los cursos "difíciles", áridos, que en buena cuenta dejan escasa huella en quien los recibe. Es claro que algunos alumnos, muy pocos obtienen fruto de un curso de esta naturaleza, mas ello se debe principalmente a la vocación del estudiante y no al curso mismo. En las secciones de "Pre" o cultura general, los cursos deben proporcionar una visión sintética de la materia, accesible a todos (esto no quiere decir que se deforme el curso en aras de una comprensión general; si la materia es ardua de por sí, pues que lo siga siendo, mas si es simple no la compliquemos con análisis técnicos, y si es ardua, no la agravemos más), y que deje un residuo eficaz en la mayor cantidad de alumnos. Quizá se objete que el alumno con verdadera vocación por un trabajo intelectual quede aquí bastante descuidado, pero no es este el caso; el profesor que es maestro, y en la universidad todos tenemos obligación de serlo un poco, sabrá individualizar a ese alumno, guiarlo personalmente para que vaya ahondando la materia y confirmando su vocación. Si esto resulta imposible, es mejor dejar la cátedra.

Los planos prácticos que presenta el autor nos hacen pensar en el otro aspecto de la realidad universitaria de nuestro medio. En muchos de los diversos años de estudio, existe un problema de solución casi imposible: el número de alumnos por clase o curso. Generalmente, en los primeros años, sobrepasa a los 300; frente a esta masa de alumnos solo se halla un profesor, salta a la vista la dificultad; la clase se convierte en un monólogo sobre un tema, monólogo que permite a ciertos alumnos dormir cómodamente, a otros conversar sobre temas de actualidad, no faltando desde luego los que se interesan por el dictado del profesor y en todo caso el provecho es siempre escaso. En algunos cursos se procura salvar la dificultad mediante el comentario de textos, o la realización de ejercicios, en los cuales tienen que intervenir todos los alumnos, mas como el "todos" tiene significación de 3 cifras y la clase dura sólo 60 minutos en el mejor de los casos, también el provecho es pobre. Otros métodos se han ensayado, así la división de la clase en grupos de prácticas, pero como las prácticas tienen que estar encomendadas a los llamados instructores y no al catedrático mismo, se pierde algo de unidad en el curso, con todo es quizá este el sistema que más frutos ha rendido. La solución tal vez pudiera hallarse meditando algo sobre los métodos que trae este libro; en este sentido, tenemos que pensar primero en la finalidad de la enseñanza: el aprendizaje por la vivencia, y esto supone el trabajo de todos los alumnos. En el caso del método "Dalton", que trabaja con tareas individuales, no impor-

tando el número de éstos, podría intentarse una solución práctica, donde los instructores tendrían una intervención directa, y el contacto con el profesor no se perdería, conservándose así la unidad del curso: desgraciadamente, este sistema supone una cantidad bastante grande de medios prácticos de trabajo; se necesitan, por ejemplo, bibliotecas especializadas, con varios volúmenes de cada obra, salones de clases especiales, etc., y a decir verdad en nuestras universidades estos recursos figuran siempre en el campo de los proyectos para el futuro.

Luego de exponer los puntos anteriores, el autor encara otro problema de trascendencia: la enseñanza productiva. Prácticamente, este es uno de los problemas cruciales de Latinoamérica. Nuestro estudiante tiene que trabajar para vivir: tan solo en los primeros años de estudio podrá consagrarse exclusivamente al estudio, en cuanto el tiempo trascurre, a menos que provenga de una familia sin problemas económicos y éstos son los menos, tendrá que trabajar, surgiendo así el problema: o el trabajo dificulta sus estudios (cuestión de horarios, tiempo para preparar los exámenes, etc.) o cuando no lo dificulta, es de una naturaleza tan distinta al estudio que bien pronto le plantea la necesidad de abandonar uno u otro. Este problema tiene en el libro que comentamos una solución teórica, si bien sólo para nuestro medio por cuanto en otros ya se aplica. La solución es esta: que el estudiante, por el hecho mismo de estudiar, obtenga los medios de ganarse la vida, en otras palabras, que su estudio le proporcione algún beneficio económico. Esta solución implica de por sí, una actividad práctica de la Universidad, en la cual el alumno, y también el profesorado, puedan ubicarse y aún sostenerse económicamente. La solución no es tan teórica como podría parecer, pues los consultorios jurídicos de una Facultad de Derecho, el consultorio Psicológico de una Especialidad de Psicología, son soluciones del todo reales, dentro de ellas es posible que el alumno, en cuanto tiene el nivel de estudios requerido, puede hallar un principio de solución a su problema económico.

La enseñanza propiamente dicha, se ve completada con una exposición sobre algunos métodos prácticos, como las ayudas audiovisuales, y la disertación tipo conferencia. Este último método está algo desprestigiado por cuanto va contra las ideas actuales de la enseñanza activa, mas el autor hace una defensa bastante acertada del sistema, mostrando como en ciertos casos es necesaria esta forma de enseñar, sobre todo cuando son para comunicar los resultados de las investigaciones personales de Catedrático, porque se supone que los profesores investigan para progresar en el mayor dominio de su materia.

Finaliza la primera parte, un capítulo íntegro dedicado a la tarea de investigación. Se determina su finalidad, se muestran los diversos métodos de trabajo, desde aquellos que se emplean en las especialidades de Letras, hasta los que corresponden a las de ciencias, pasando por los institutos técnicos. Se anota igualmente la tarea de los llamados Pre-Seminarios, que es fundamental para el trabajo ulterior.

Completa estas apreciaciones un tema clave: la función de las Bibliotecas en la vida universitaria. Encontramos desarrollados sus principios generales, y variadas indicaciones de aplicaciones prácticas. Por último, un comentario general al valor formativo de las tareas de investigación.

La segunda parte, como se dijera líneas atrás, se halla dedicada al estudio de la organización en la enseñanza universitaria. Se inicia con los problemas generales de la organización Universitaria, todo ello se traduce: 1º en la legislación adecuada que debe dictarse y 2º en las diversas clases de enseñanza superior que ella puede reglamentar, dentro de las cuales no sólo se comprende a las universidades, sino a los colegios universitarios, los politécnicos, pues todos ellos suponen una enseñanza superior, diferente a la secundaria. Determinada la organización jurídica de la univer-

sidad, se presenta el problema del alumnado, pero visto desde el ángulo de la idoneidad para los estudios superiores. Este es un punto capital, por cuanto exige la revisión de las fuentes de ese alumnado, camino que nos lleva directamente a los estudios secundarios. Esta educación debería suponer ya principio de selección de los más aptos, pero reconoce el autor que ello no siempre es posible, quedando entonces la universidad con el problema de escoger a su alumnado. Acertadamente señala Larroyo, tres condiciones para el ingreso en general a una universidad: inteligencia apropiada, preparación suficiente y sentido de responsabilidad estudiantil (cualidad exótica en los estudiantes actuales por decir lo menos). Pero estas condiciones no son suficientes para la vida universitaria, se requieren dos puntos: más orientación profesional y vocacional. En verdad este es un punto, pensamos nosotros, que exige meditación, pues es cierto que estos dos puntos suelen olvidarse en toda selección para la vida universitaria. En nuestro medio los llamados exámenes de ingreso cumplen con la condición general, por lo menos en un plano teórico, pues en la práctica la tradicional falta de recursos adecuados proporciona un carácter bastante relativo a los resultados de esas pruebas; pero estas condiciones generales nada dicen de la vocación específica del alumno, la cual queda enteramente librada a la iniciativa del recién ingresado. Por lo común ingresa a la Facultad que le señalaron sus padres, o que parece proporcionar mayor horizonte económico, ¡Cuántas veces en los exámenes de ingreso hemos oído la frase de "quiero ser abogado porque así ganaré mucho dinero"! Pero cuando el tiempo transcurre, y la realidad de los estudios se impone, la desilusión es grande y la amargura interna mayor aún, pues muchas veces hemos visto jóvenes profesionales con éxito económico pero con una enorme melancolía por la frustración de posibilidades descubiertas muy, pero muy tarde. La Universidad suele defenderse alegando que tal orientación no le corresponde a ella, sino más bien a la escuela secundaria, pero ello no resuelve el problema desde que esa escuela tampoco encara el problema en la medida necesaria. Aquí la Universidad de nuestro medio tiene una grave responsabilidad, pues como existen las Secciones de "Pre", bien puede realizarse esa orientación en ese periodo. Muy rara vez se hace, y jamás en una forma orgánica; siempre es el resultado del trabajo de algún profesor en particular, o lo que es más grave, producto de la reflexión personal del alumno, quien solo, sin la ayuda a la que tiene derecho, llega a conocerse a sí mismo.

Termina la obra con una revisión de diversos problemas de organización, como son los tipos de exámenes, de obtención de títulos, las ciudades universitarias, las relaciones internacionales necesarias a toda universidad, en una palabra, una visión completa de todas las actividades de la enseñanza universitaria, vistas desde un ángulo científico y reflexivo.

Una obra como la presente tiene necesariamente que ser fecunda; en nuestros medios universitarios faltan obras que orienten científicamente la realización de la docencia universitaria y la estructuración de la Universidad. Rara vez, cuando es preciso organizar en la universidad, se piensa en una teoría orgánica, normalmente se recurre a la llamada "reforma universitaria"; y se intenta aplicar sus principios, pero he aquí que se olvida un hecho fundamental: que toda reforma universitaria, hoy en día, es una actividad eminentemente científica. El calificarla de científica impone un estudio concienzudo de la realidad, al lado del conocimiento de la teoría de la universidad, y por tal cosa no se entiende una disertación sobre los fines o el papel dentro de la sociedad, no ello no es suficiente, sino más bien una reflexión del "cómo" se organiza una institución de este tipo. En este punto quizá está la parte débil de todas las reformas en nuestro medio y en Latinoamérica, pues por lo común se orientan en dos sentidos o una especulación abstracta sobre la esencia de la universidad, o bien

una teoría política de ella. Generalmente, en nuestro medio, la reforma es siempre política; rara vez la vemos desligada de algún vínculo que aspira el gobierno del país y cuando se produce dentro del mismo ambiente estudiantil reviste las formas de una lucha por alcanzar el control absoluto de la institución. Es claro que estos puntos quizá tengan alguna base real, así, la reforma de la universidad no puede estar desvinculada de la organización de la sociedad entera, pero se corre el peligro de olvidar lo propio de todo movimiento universitario: el respetar la naturaleza de la institución. En este sentido la reforma universitaria, lo creemos sinceramente, debe tomar en nuestros días un carácter técnico. Ya no es posible hablar de una reforma tipo principios de siglo, la vida no se ha detenido en esa etapa, ha progresado mostrando así que la universidad tiene otras necesidades, siendo ellas la imperiosa urgencia de un planteamiento científico de sus organismos y medios de acción. Al entrar en este terreno se descubre con facilidad que es preciso olvidar los planteamientos políticos en favor de la organización técnica. Por ejemplo, siempre se ha propugnado la asistencia libre, basados en la necesidad de que trabaje el alumno para sostenerse, pero he aquí que los resultados son negativos. Supongamos en este aspecto un alumno corriente de nuestro medio, que necesita trabajar para estudiar y que esté cursando la carrera de Derecho. Quiere ser abogado. ¿Qué sucede con la asistencia libre? Que la emplea para trabajar en ocupaciones diferentes a la carrera que sigue, en el caso presente es común que enseñe en colegios, es decir, que se dedica a la enseñanza para ser abogado. Esto es un contrasentido. ¿Por qué? Porque cuando termine sus cinco años de estudios, se hallará con una desagradable realidad: que en la enseñanza tiene ya una situación hecha, y que si quiere forjársela en la abogacía, tiene que abandonar la anterior y comenzar desde la nada. El resultado no es fácil de imaginar: no puede llegar a ser un buen abogado. Aquí, entonces, la solución no era la asistencia libre, sino la organización de un servicio de trabajo universitario que le permitiera trabajar en la materia que se estudia.

Claro dirán algunos, que eso es utópico, hoy por hoy, nuestra universidad no es capaz de llegar a tales niveles y la asistencia libre es la solución transitoria, pero... corramos el riesgo de quedarnos en la solución transitoria, y de seguir produciendo alumnos fracasados en su verdadera vocación. Es preciso afrontar la resolución del problema en toda su magnitud, y no intentar soluciones transitorias que tan funestas son entre nosotros por terminar siendo soluciones a perpetuidad.

Otro caso. La docencia universitaria adolece de enormes defectos entre nosotros. La reforma la afronta con cierto matiz propios de principios de siglo, así se habla de cátedra paralela, cátedra libre y muchas otras expresiones que se repiten sin comprender todo su verdadero sentido. Mas como en el caso anterior, se olvida el verdadero problema: la eficacia de la docencia, cosa que conseguimos sólo cuando ella se organiza científicamente. Una organización científica de la docencia universitaria supone y esto es esencial, una forma de preparar a los futuros docentes. ¿Tenemos algún medio de hacerlo? Pasemos una breve revista a los modos como se puede llegar a dictar una cátedra en la Universidad.

Una primera forma, consiste en ser un alumno destacado por el estudio o por la realización de algunas pequeñas investigaciones, muchas veces hechas bajo la dirección de verdaderos maestros y, otras, por propia iniciativa, con todos los males ajenos a la autoformación. Cuando este alumno se ha formado cierto prestigio, es llamado por algún profesor generoso a colaborar en su cátedra. Entonces recibe unas cuantas instrucciones generales (carácter de los alumnos que va a tener, materia por enseñar, etc.) y se lanza a perorar con todo entusiasmo. Puede que con el tiempo llegue a ser un profesor de nota.

Mas ¿ha tenido preparación técnica para desempeñar tan delicada tarea? Ninguna. Siempre es un empirismo. No comprendemos porque se piensa que la docencia superior exige ciencia infusa para ejercerla. Veamos otro medio de llegar a la docencia en la universidad. Basta con ser un *profesional*, fijese bien, un *profesional* de prestigio; en el caso de una Facultad de Derecho, es suficientemente haber ganado cuatro o cinco casos de resonancia. La consecuencia es el llamado a la cátedra. ¿Se pensó si ese profesional tenía espíritu didáctico, nociones de lo que es enseñar, métodos de trabajo? Tampoco. Si ganó juicios, debe saber enseñar como garnarlos. También se alcanza una cátedra haciendo investigaciones teóricas de valor. Quizá este el caso menos grave, por cuanto supone ya una vinculación con el ambiente universitario, pero tenemos que reconocer que no siempre la calidad de investigador va apareada con la calidad docente; casos hay muchos de sabios que han descubierto cosas importantes de la humanidad, pero que también son incapaces de transmitir conocimientos o de formar espíritus. Estas deficiencias pretenden salvar ciertos sistemas de obtención de la cátedra, por ejemplo, los concursos, las oposiciones, pero el concurso y la oposición no garantizan nada de la preparación docente; sólo muestra que en el momento de su realización hay méritos, generalmente producto de publicaciones o de habilidad en la exposición.

La docencia universitaria exige, de acuerdo al tiempo cultural que estamos viendo, una formación específica. Se prepara cuatro o cinco largos años a los profesores que irán a la enseñanza secundaria, pero el docente universitario se improvisa lisa y llanamente. Hoy, por el avance de la cultura, no cabe nada al acaso, es preciso conocer métodos, sistemas, teorías, tener un entrenamiento. Todo esto debe poseer nuestra docencia universitaria. Quien desee ingresar a ella, debería pasar por una época de formación previa. En el libro que comentamos, se aprecia que existen medios para llegar a esta situación, siendo por esto su valor muy grande, los métodos de Dalton y otros, si bien empleados en la enseñanza secundaria, pueden tener una extensión a la docencia superior. El hecho que no hayan sido creados específicamente para esta actividad, sólo muestra una cosa; que la docencia universitaria ha sido descuidada. Si en nuestros días se tiende a convertir la docencia de la universidad en una carrera, que permita el trabajo a "tiempo completo" debe pensarse en la contraparte, en la preparación adecuada, en el estudio previo y formativo. No hay porque pensar que una preparación tal es innata a quienes desean enseñar.

Estas reflexiones nos permiten pensar en una "segunda reforma universitaria", o quizá expresándolo en un lenguaje más adecuado, en un segundo momento de la reforma de nuestra universidad. El primer paso fué dado por los postulados del llamado "movimiento de Córdoba", donde se descubre la necesidad de reformar la universidad, y se presentan los puntos más inmediatos. El segundo paso debe estar constituido por la estructuración de una visión científica y técnica de nuestra universidad. Existen multitud de puntos que exigen aplicación a nuestro medio para que los problemas sean comprendidos en su justo alcance. Ya no se puede hablar de movimientos románticos, es preciso hablar de realidades concretas, de sistemas, de métodos. Existe una concepción precisa de la organización universitaria, y es necesario aprovecharla aplicándola a nuestro medio, con las modificaciones que ésta exija.

Quisiera precisar un punto. Pues cuando se habla de una reorganización total de la universidad, según cánones nuevos y técnicos se tropieza con una objeción: esa es la universidad ideal, o mejor aún, era una universidad utópica. No hay medios para llevarla a la práctica. Se requieren millones, y las universidades no tienen rentas. Es cierto... pero sí esperamos que los millones lleguen, no las verán ni nuestros nietos, porque lo que casi nunca llega en la vida son los millones. Este es un defecto

muy particular de nuestro medio; se piensa que para hacer algo a fondo, se requiera una cantidad ideal de medios, donde sobre y no falte. Así el psicólogo que no dispone de un laboratorio completo, supone que no puede enseñar. Es que desconocemos el valor del esfuerzo con medios escasos; si esperamos grandes recursos, nunca haremos nada; en cambio si comenzamos con lo que se tiene, se procura adaptarlo y, sobre todo, si buscamos los medios por nosotros mismos, y no esperamos que otros los hallen, los iremos encontrando poco a poco. Desde luego que esto supone que muchos de los aplausos los ganarán los que vengan después de nosotros, pero sin generosidad y entrega silenciosa, no se logra nada, absolutamente nada.

Este es el principal valor de la obra que comentamos, hacer meditar sobre la realidad de nuestra universidad, y pensar como puede ser mejorada. La obra es, antes que nada, un excelente manual, capaz de orientar al profesor que la posea para el mejor desarrollo de su docencia. Posee pequeños defectos de detalle, algunos los anotamos más arriba, pero en conjunto es un esfuerzo útil y digno de encomio. Sería interesante en nuestro medio, que se siguiera el ejemplo, y muchas obras semejantes vieran la luz para proporcionar así, mayores recursos a nuestra imperfecta pero querida docencia universitaria.

Luis Felipe Guerra M.

ARMANDO ZUBIZARRETA, *"Don Miguel de Unamuno, lector del Padre Faber"*.
Separata de la Revista Salmanticensis. Año 1960, número 7.

Documento precioso para el estudio de la naturaleza religiosa y la orientación espiritual de Unamuno, este nuevo estudio de Armando Zubizarreta enfoca muy bien el contacto del gran escritor salmantino con unas concepciones religiosas características del "movimiento de Oxford".

Conocedor de Unamuno como muy pocos, Zubizarreta nos ofrece en esta valiosa investigación, un ejemplo de notable prudencia y ponderación de los juicios; sin embargo, de la lectura de este estudio, aparece bien delineado el perfil de Unamuno como "homo religiosus" y sus peculiaridades. Luego de una buena presentación del movimiento de Oxford, Zubizarreta relievra la presencia del Padre Faber en el diario de Unamuno y estudia ordenada y escrupulosamente las reacciones del lector que define "de corazón católico y de mente protestante".

Respuesta de la tradición auténtica de la antigua Iglesia de Inglaterra al tradicionalismo conservador y nacionalista de la Iglesia Anglicana moderna, el movimiento de Oxford ha producido en verdad testimonios múltiples de su catolicismo sustantivo, que no falta tampoco a las manifestaciones doctrinales de la High Church en general. Resulta pues de singular interés anotar las reacciones de un lector como Unamuno, llevado tal vez por el drama religioso a identificarse con la antropología protestante, que se detiene a admirar los pasajes que revelan vivencias católicas indiscutibles. Tal contradicción y el problema que plantea no se pueden negar. Los pasajes señalados nos inclinan a pensar en el terreno en el cual se efectúa el curioso encuentro entre un anglicano convertido al catolicismo romano y un católico romano —y español— que ha aceptado buena parte de la teología y antropología protestantes. Este terreno es el del sentimiento religioso y aunque en Faber éste se mueva alrededor de los Dogmas católicos, la posibilidad de una explicación no deja da asomarse. Una educación intelectual de tipo protestante —con todo el arraigo que se le pueda atribuir en la mentalidad de don Miguel— no puede haber destruido del todo los piadosos arquetipos católicos de la infancia de Unamuno. El calor y la intimidad que se desprenden de las páginas místicas del Padre Faber, en lenguaje casi exclusivamen-